

EL HIJO

No hace mucho tiempo, ni tampoco muy lejos de aquí, sucedieron los acontecimientos que a continuación os voy a relatar. Durante una noche de plenilunio, clara y calurosa, dos jóvenes caminaban de manera lenta por un sendero, iban de ronda. El mayor de ellos llevaba en la guardia un par de años y el otro era un novato recién llegado al puesto y al lugar. El veterano empuñaba una navaja de afilado acero y cachas de olivo y esculpía una figura en un trozo de madera. De tanto en cuanto se tiraba un pedo y acto seguido hacía siempre el mismo comentario: “Hay que dar libertad a los presos”. Soltaba una sonora carcajada y miraba al compañero buscando un inexistente gesto de complicidad. Esta era para él una muestra de mundano sentido del humor, nada escatológico sino más bien natural y espontáneo, además de un gesto de acercamiento al muchacho. El principiante sonreía forzado pero ni siquiera lo observaba; solo en ocasiones, cuando al escuchar un quejido miraba ávido de ver correr sangre por la supuesta y anhelada herida del veterano. Pero eran simples lamentos de mal artesano. Y no es que deseara que se hiriera, no. En realidad quería que desapareciera del todo, o al menos de su lado.

Y no pasó mucho más tiempo, al llegar a la altura de la finca maldita, cuando el flatulento muchacho desapareció. Como cada noche y al llegar a la misma tapia de siempre, se desviaba del caminito para hacer una meada sobre el desconchado yeso. Empezaba con la P, casi siempre perfecta, gruesa, firme. Continuaba con la A, aquí en ocasiones no atinaba bien con el trazo horizontal de la letra, pero no quedaba del todo mal. La C era fácil aunque no siempre la curva se apreciaba bien. Terminaba con la O, aunque casi nunca cerraba el círculo por donde lo había empezado. Otras veces las últimas gotas de orín no le bastaban para definir la totalidad de la letra. Al terminar daba unos pasos hacia atrás mientras se abotonaba la

bragueta y observaba con una orgullosa sonrisa su repetitiva obra. Entonces, mirando al otro joven soltó:

- Paco, ese soy yo ¿Qué te parece? ¿Quedó bien hoy, no?
- Si, si ... - Contestaba el compañero sin apenas mirar y pensando que “menos mal que no se llama Baldomero o Ezequiel”.

Paco volvió a sacar su navaja y el trozo de madera donde esculpía algo parecido a una cabeza de cabra y continuaron su andadura por el sendero que rodeaba la abandonada finca hasta encontrarse con el primer ciprés que anunciaba el camino al cementerio. Allí se pararon los jóvenes, justo al lado del conjunto de piedras rocosas que se conocía como “el sepulturero jorobado”. El mayor miró a su acompañante, se sentó mientras de su macuto sacaba pan y una gran longaniza y le soltó:

- Tengo hambre. Ven, siéntate y comeremos algo.

Sin dar opinión, el otro joven se sentó al lado y, como si no estuviera pensando precisamente en comida, se quedó observando la finca que habían dejado atrás y de la que se podían ver los tejados - en un estado lamentable - por encima de la tapia, entre los árboles. Paco le miró y cortando un buen trozo de pan le dijo:

- Mira Miguel, mientras comemos y descansamos un poco, te voy a contar una historia sobre esta casa. Es una historia algo larga y terrorífica... En una noche de luna llena, cerca del campo santo, con este calor... ¿No tendrás miedo, no?
- Miedo no tengo a nada - le soltó mientras cerraba los ojos y se pasaba una mano por la cabeza. - Pero ahora que has dicho lo de la luna me he acordado de que hoy no planté ajos.
- ¡Anda! Pues yo si los planté. Y también me dio tiempo a cortarme el pelo, así crecerá más fuerte y sano. Además, con este calor, ya me va bien. - Y mirando al compañero, concluyó
 - Tu deberías hacer lo mismo.
- Mi pelo ya está fuerte y sano ... ¿Qué hay de esa longaniza? ¿Y de esa historia?

- Toma. Después te contaré lo que aconteció, no sea que ahora te atragantes.

Estuvieron degustando durante unos instantes embutido y pan sin decir ni una palabra, aunque Paco si emitía sonidos por su boca; una especie de gruñidos que mostraba a las claras la gula del joven. Engullían mientras miraban en distintas direcciones, Paco más hacía la parte del pueblo, observando las pocas luces encendidas, la torre de la iglesia sobresaliendo por los tejados y el puente que pasaba sobre el río, ya a las afuera. Se quedaba embobado mirando los reflejos que la redonda luna proyectaba en el agua. Brillaban con mucha fuerza. A veces, entre bocado y bocado, podía escuchar los grillos y con menos intensidad, el fluir del agua entre las rocas. En cambio, Miguel miraba más hacía la finca, hacía el paisaje que lo rodeaba, lleno de vegetación. La mínima brisa que se levantaba transportaba hacía él múltiples variedades de aromas florales, pero sobre todo olía a jazmín. Al fondo del camino se divisaba el pequeño cementerio de la villa. Los cipreses se elevaban hacía el cielo estrellado y provocaban fantasmagóricas sombras. A veces parecía que algunos espectros cruzaban el camino de un lado a otro ocultándose tras los árboles y volviendo otra vez a cruzarse cuando creían no ser observados. Estaba entretenido el muchacho en sus ficticias visiones cuando un enorme eructo que emitió Paco lo devolvió a la desagradable realidad.

- ¿Qué? – le dijo aun con longaniza en el aliento mientras le daba una palmada en el hombro para así de paso limpiarse las migas. - ¿Quieres que te cuente lo que ocurrió en esta casa?
- Venga, estoy impaciente, pero no guardes aun el embutido, por si nos da más hambre - contestó Miguel viendo que por lo menos quedaba un palmo de la gran pieza.
- ¡De acuerdo! - afirmó el compañero mientras con la uña del dedo meñique hurgaba entre los dientes rescatando restos de comida que inmediatamente degustaba.

Se quedó unos segundos callado, con la mirada fija en dirección a la casa y la visión desenfocada, como repasando datos. Un escalofrío con resabio amargo le recorrió su cuerpo sudado y se limpió la boca con la camisa.

Miró a su compañero y comenzó el relato con voz clara y suave, casi susurrando, para darle más misterio y captar toda su atención:

- Hace ya unos cuantos años vivía en este pueblo una mujer a la que conocían con el mote de “la fandanguera”. Cuando enviudó se quedó sola con dos hijos muy pequeños en una modesta casa que era del marido. Tuvo que pelear por ella. Al final la consiguió pero se deterioraron las pocas relaciones que mantenía con su familia política hasta convertirlas en inexistentes. Aparte del techo no consiguió nada, ni una sola ayuda, ni siquiera para los hijos. Tampoco recibieron ayuda de la familia “fandanguera” porque las enfermedades se habían ido llevando a los nichos a los pocos parientes con que contaba en el pueblo. Los vecinos hablaban de una maldición y el boticario de algo congénito. La pobre mujer pensaba que hasta el boticario, que era persona cabal, educada y con estudios, hablaba de algo demoníaco. El único consuelo de la pobre mujer era el párroco y la iglesia. Rezaba mucho, por sus hijos sobretodo, y esa fe le apaciguaba la angustia del alma y le alimentaba el espíritu. Pero no alimentaba su estómago y mucho menos el de los pequeños.

Llegado este momento, Paco paró la narración y echó mano de una pequeña petaca que guardaba escondida en el forro del pequeño zurrón. Siempre tenía un poco de aguardiente para cuando una buena ocasión lo requiriera, y ésta era una de ellas.

- ¿Quieres un trago, Miguel?
- Ahora no se puede, estamos de ronda.

- ¿Acaso no estamos descansando? Venga, toma un poco y te sigo contando la historia. Es como si te fumaras un cigarrillo o te pusieras a cagar, un momento de reposo.
- De acuerdo, pero nos pueden oler el aliento y ...
- ¿Y quién diablos se atreverá? - soltó una carcajada antes de dar otro trago al anís y pasarle la petaca al compañero. – Anda bebe, se nota que eres todavía muy novato e inocente. Aun no comprendo como te metiste en la Guardia. ¿Cómo tratarás a un ladrón o a un asesino? Se te ve demasiado blando, incapaz de hacer daño ni una hormiga...

Miguel dio un trago al anís casi sin dejar que el líquido entrara en su boca mientras pensaba que a una hormiga posiblemente no la dañaría nunca. Pero lo que era capaz de hacer con la cabeza de su compañero no se lo podría imaginar ni él mismo. Paco, ajeno a los instintos asesinos del novato continuó relatando:

- “La fandanguera” empezó a trabajar en algunas casas de los más hacendados del pueblo limpiando, lavando ropa y haciendo de comer. No ganaba mucho dinero pero siempre conseguía algo de ropa o comida. A veces tenía que salir de casa cuando los niños estaban ya dormidos y volvía al cabo de un par de horas. Esas noches apenas dormía, se pasaba las horas llorando aunque hubiera ganado el triple de un jornal.

El joven dio otro trago a la petaca y seguidamente soltó un escupitajo precedido de una maldición antes de continuar:

- Pero al poco tiempo la madre empezó a enfermar. Aquellas fiebres y ahogos, aquella parálisis en las manos le resultaron familiares.
- La enfermedad congénita de la familia – apuntó Miguel.
- Exacto. A la pobre le seguía sonando a malévolo y demoníaco. Un mal de ojo, vamos. Se acabó de hundir en la desesperación y solo la pequeña ayuda del párroco le alivió en aquellos momentos. Ella siempre se lo agradeció. A pesar de los dolores le lavaba la ropa y todos los domingos, antes de los preparativos de misa, la mujer subía a la habitación del

padre a asearlo y a ayudarlo a vestirse. Era la única persona que entraba en el cuarto y cerraba la puerta.

- ¿Cerraba la puerta de la habitación del cura? – Preguntó sorprendido Miguel.
- Sí ¿Qué pasa? El Padre Carrasco era muy pudoroso, nunca se mudaba con la puerta abierta. Se encerraba, como es lógico.
- ¡Se encerraba con una mujer dentro del cuarto! Muy lógico no es y muy pudoroso no sería el cura, no.
- Bueno ¡Yo qué sé! El caso es que ayudó a la pobre mujer y a sus hijos. El mayor tuvo que dejar el colegio y ponerse a trabajar en lo que podía un niño de su edad. En cambio el pequeño si que consiguió continuar los estudios aunque lo que más le gustaba era jugar con una navaja que fue de su padre. Siempre la llevaba consigo, en la mano o en el bolsillo.
- Que pena ¿No? Toda persona debería tener derecho a una infancia feliz, al menos. Si no eres feliz de niño no podrás serlo jamás en toda tu vida.

Paco observó que Miguel tenía unos rasgos que le eran familiares a pesar de no haberlos visto antes de su llegada al pueblo. Su cara, con los claroscuros que perfilaba la luna, ofrecía una imagen conocida. Entonces Miguel giró la cara, le miró fijamente y preguntó:

- ¿Tu has sido feliz?
- ¿Yo? Bueno, de niño todo se ve más bonito ... Es otra realidad.
- Ya, pero cuando creces coges consciencia de que los cuentos son cuentos y que las únicas perdices se comen dentro de ellos, difícilmente fuera. - Notó la elevada trascendencia del tema y puso fin a ella. – Bien, continua con tu narración.

Paco se percató que llevaban ya demasiado tiempo allí sentados y le dijo a su compañero que seguiría su relato mientras continuaban la ronda camino del cementerio. A Miguel le pareció

perfecto y solo pidió guardar la longaniza, se había quedado con hambre. Al veterano le pareció correcto y mientras se alejaban del “sepulturero jorobado” siguió con la historia.

- La mujer empeoraba en su enfermedad conforme pasaban los años, ya ni siquiera podía ayudar al párroco. Juan el de “la fandanguera”, como se conocía al hijo mayor, seguía trabajando en todo lo que se le ofrecía; faenas del campo, regando tierras, cuidando ganado, reparando herramientas, haciendo remiendos en las casas ... Hacía de todo y todo intentaba hacerlo bien para que nadie tuviera queja de él. A pesar de su juventud, su aspecto era el de un hombre más mayor, más desgastado. También, a pesar de ser analfabeto, mostraba una educación y una sensibilidad excepcionales. Siempre tenía una sonrisa en la boca, era una bella persona que cuidaba de su madre y de su hermano menor. Gracias a Juan, el pequeño pudo estudiar y no necesitó trabajar más allá de algunos veranos y de algunas esporádicas jornadas en las que era imprescindible echar una mano. Eso si, el pequeño nunca se separó de la navaja. Era como un tesoro para él, el alma del padre impregnada en una hoja de acero.
- Es una bonita historia de superación como la de tantas y tantas familias de la región – apuntó Miguel antes de concluir - ¿Dónde está la parte terrorífica?
- Ahora empieza – contestó Paco un poco molesto y empleó un tono más misterioso para añadir - justo cuando aparece Luisa.
- ¡Mírala! ¡Ahí está! ¡La marrana! – gritó el novato señalando a un bulto que aparecía entre las sombras por detrás de unos matorrales.
- ¡¡Es verdad!! ... ¡Maldita guarrilla!

Hacía ya unos días que a Hilario “el comebrevas” se le había escapado de la piara una hembra que al final, como no se encontró, se dio por sustraída. A los jóvenes les pareció ver a la cerda pero decidieron esperar a que hubiera más luz para reanudar su búsqueda. No andarían muy lejos de allí el animal a la mañana siguiente.

Aprovechó Miguel el alto en el camino para volver la vista atrás y mirar la finca desde otra perspectiva. Ya se alejaban de ella y ahora parecía más grande, más majestuosa. La casa no aparentaba estar tan ajada aunque con las luces y sombras lunares tenía un aspecto más enigmática. El compañero veterano se percató de lo que el novato miraba y le comentó que ahora vendría la parte del relato más tenebrosa, cuando entraba en acción la que fue última propietaria de la finca.

- Juan el de “la fandanguera” empezó a ser muy conocido entre los terratenientes y los hacendados por su noble personalidad y por su eficiencia al realizar todo tipo de trabajo. Se podría decir que estaba muy solicitado y llegó una época en que incluso los que querían contratarlo se peleaban entre ellos. Entonces fue cuando apareció Luisa Carreño.
- ¿La propietaria de la finca abandonada?
- Efectivamente. Una rica soltera que tenía muchas tierras y propiedades heredadas y que tenía fama de bruja y mala mujer. Se empezó a fijar en el mozo y un buen día le ofreció un puesto fijo de trabajo muy bien pagado; nadie pudo igualar la oferta. Dicen que empleó sus armas de mujer para conquistar la atención del muchacho y llevárselo a su mansión. Cuando lo consiguió no pudo evitar tener que acoger también a la madre y el hermano de Juan, fue una condición innegociable; dicen que aceptó de mala gana.
- Pero tiene su lógica - señaló Miguel. - Él debía mantener a la madre y al hermano ¿No?
- Sí. En el pueblo se hablaba mucho sobre la influencia que ejerció la madre para que el joven no aceptara el trabajo sin que se cumpliera el trato propuesto. Ella pensaba que sus hijos necesitaban tener a alguien que les limpiase y les arreglase la ropa, que tuvieran asegurado un buen techo que les diera cobijo y un plato de comida cada día. La mujer, muy enferma ya, apenas tenía fuerzas ni ganas para llevar las labores de una casa. La verdad es que también utilizó un poco al hijo para asegurarse un final de vida más plácido.

- Total, que el pobre Juan se vio envuelto entre las cuitas de dos mujeres. Con lo peligroso que resulta pasar por ese trance.
- Hombre, él también se enamoró de Luisa. Quizás fue la primera mujer en la que se fijó y era consciente de que, si su madre faltaba algún día, necesitaba a alguien que llevara las labores del hogar; aunque al final no sería su amada, sino las criadas a su servicio.
- Ya me imagino – dijo Miguel - ¿Y cómo es eso de que se enamoró?
- El pobre Juan no sabía leer ni escribir apenas, como ya te he comentado, pero tenía una sensibilidad enorme y una gran facilidad para aprenderse coplas y canciones. Tenía muy buena voz y no era raro encontrárselo cantando mientras hacía sus labores. También se inventaba algunas rimas y las recitaba de memoria. Tenía mucho arte. Cuando se enamoró de Luisa le pidió a su hermano que dejara la navaja por unos instantes y cogiera una pluma para que escribiera unos versos que había creado con la intención de regalárselos a su pretendida junto con unas flores. A la mujer le gustó tanto el poema que mandó escribirlo en piedra y colocarlo en la puerta de entrada de la finca. ¿Te has fijado al pasar?
- Preguntó mirando a su compañero que ahora sí seguía sus comentarios con atención.
- ¿Esa poesía del portón es de Juan el de “la fandanguera”? Está muy bien, no pensé que fuera de nadie del pueblo.
- Sí - dijo Paco parándose justo enfrente de la puerta principal del cementerio. Entonces, mirando para dentro del campo santo, en una dirección concreta, empezó a recitar:

“Cuando te veo pasar
 es cuando vivo.
 Es cuando creo
 que estoy aquí para quererte,
 para ser un reo

condenado a amarte

hasta la muerte.

Vivo, muero y resucito ...

¡Ah! Cuando te veo pasar.”

- Si, si ... Es preciosa ... ¡¡Y muy terrorífica!! – comentó con sorna Miguel.
- Espera, antes de continuar vamos a río a refrescarnos. Hace mucho calor.

Los guardias abandonaron el cementerio por un sendero que bajaba hasta encontrar un remanso del río. La noche era muy calurosa, aprovecharían para beber agua y mojarse la cabeza. Aunque el desvío de la ronda también fue una excusa de Paco para meterse entre la vegetación y hacer sus necesidades.

- Es que aquí hay unas piedras muy lisas que van bien para limpiarse – comentó el muchacho para justificarse mientras sonreía.

Miguel se refrescó y aprovechó la espera para sacar la longaniza y pegarle un buen bocado. Esperó a que se acercara Paco y bebiera agua para preguntarle por la mala reputación de Luisa.

- ¿Por qué decía la gente del pueblo que era una bruja? ¿Por qué Juan no hizo caso de las habladurías?
- Bien, tu ya sabes como son los pueblos. La gente se mete dónde no le llaman y además sazonan sus insípidas vidas con las vidas de los demás.
- Eso mismo, más o menos, lo hacemos todos. Supongo que para soportar mejor la realidad.
- Supongo. El caso es que Luisa vivía sola, era misteriosa, leía muchos libros, pintaba cuadros, miraba las estrellas con un cacharro astronómico. A Juan le hizo muchas fotos.

Le gustaba una en la que él estaba sonriendo y llevaba el sombrero sobre el pecho ... En fin, cosas raras. Fue hija única y se rumoreaba que mató a sus padres para quedarse con todo. Tenía muy mala leche. Decían que echaba males de ojo, que tenía poderes curativos, que sabía adivinar el futuro, que leía la baraja, que hacía rituales con animales y con personas ...

- ¿Qué tipo de rituales? – se interesó Miguel.
- Pues decían unas muchachas que trabajan en su casa que sacrificaba gallinas y cabritos en rituales satánicos para que le dieran poder y la mantuvieran joven. Ella siempre iba desnuda por la casa y comentaban que se acostaba con muchos hombres y mujeres, aunque ninguno del pueblo. Estas jóvenes veían entrar a personas en la casa, pero a muchas ya no las veían salir. Se comenta también que tuvo un hijo de vete tu a saber quien y que después de parirlo, lo rechazó y se lo comió. Dicen que como venganza por el desprecio que mostró el padre de la criatura hacía ella y el niño.

La noche estaba siendo tranquila. Hacía calor, pero al lado del río parecía que corría una ligera y fresca brisa. Los dos jóvenes estaban sentados uno al lado del otro sobre unas rocas. Mientras Miguel lanzaba piedras al agua y no le quitaba el ojo a la longaniza, Paco estaba de nuevo con su inseparable navaja con cachas de olivo esculpiendo su cabeza de cabra en la madera. Solo paraba para hurgarse la nariz. Se propusieron continuar allí un buen rato antes de continuar la ronda por detrás del cementerio y volver al pueblo.

- Lo que sigo sin entender es como Juan el de “la fandanguera”, con su madre y su hermano, fueron a vivir a una casa tan misteriosa y con una mujer con semejante fama – reflexionó Miguel mientras lanzaba otro guijarro.
- Hombre, teniendo en cuenta que el noble Juan se enamoró, que la madre quería una prosperidad para ellos y que la dueña quería un gran trabajador ... Todo cuadra ¿No?

- Depende de cómo se mire... ¿Y como les fue? – acabó preguntando el joven novato.
- Corrió el rumor por el pueblo de que Luisa lo que quería era matar a la madre y al hermano, y quedarse solo con Juan.
- ¿Y los quiso eliminar? ¿Lo intentó? – preguntó Miguel cogiendo de nuevo la longaniza.
- La primera noche en que la familia de “la fandanguera” iba a dormir bajo el nuevo techo, la propietaria de la finca hizo preparar una gran cena con abundante comida y bebida. Cuando ya terminaron los postres se acercaron a la chimenea a descansar y charlar un rato. Sirvió ella misma unos licores porque las muchachas ya se habían retirado y todo indica que fue cuando intentó eliminarlos.
- ¿Pero cómo? – Miguel estaba muy intrigado.
- Pues parece ser Juan bebió por error de la copa que correspondía a la madre y murió envenenado. Cuando cayó al suelo soltando sangre por su boca, la enferma señora se abalanzó fuera de sí sobre la maldita Luisa y le quiso pegar con sus mínimas fuerzas. La joven se defendió del ataque golpeando con el atizador a la madre hasta matarle ... - En este instante calló Paco, tragó saliva y gritó al aire - ¡¡¡Hija de la gran puta!!!
- Pero a mi me dijeron que el famoso Juan murió de una intoxicación alérgica a algún alimento ...
- ¿Y tu que coño sabes? – Preguntó Paco malhumorado - ¿Acaso estabas allí?
- ¿Y tu?

Paco miró a Miguel con los ojos desorbitados. Continuó la narración gritando, excitado y sudado. Se incorporó de la roca empuñando con gran fuerza su navaja y haciendo como si interpretara una reyerta:

- Yo cogí mi navaja, la que fue de mi padre y me abalancé sobre ella. Se quiso defender, pero no pudo con mi fuerza, con mi ira, con mi dolor. Le clavé la navaja una vez y otra, y otra, y otra ... Me dijeron que el cadáver tenía cincuenta y dos navajazos. Yo no los conté.

Pero se los merecía. Fue en defensa propia, ella mató a mi familia. ¡¡Ella me hubiera matado a mi!!

El silencio se hizo en el remanso del río, el fluir del agua lo rompía levemente. La luz de la luna llena iluminaba la escena de este escenario natural, enfocando a nuestros protagonistas. En lo alto del sendero, dentro del cementerio, algunos murmullos dentro de los nichos y panteones mostraban el estupor de un público entendido en tragedias. Paco se arrodilló abatido delante de su compañero. Miguel lo observó impávido y preguntó:

- ¿Y nunca te has preguntado cual fue la verdadera historia del hijo de Luisa?

Encontraron a Paco en la puerta del cementerio. Su cadáver mostraba un rictus de asombro, con los ojos muy abiertos y un palmo de longaniza introducido por la boca. Murió asfixiado, lleno de heces y orín. A Miguel lo encontraron con un fuerte golpe en la cabeza e inconsciente. Dijo que no recordaba nada. Fue un crimen extraño y misterioso, sin móvil ni explicación aparente. Y todavía nadie ha encontrado la inseparable navaja de Paco.